

INTERNET Y POLÍTICA: CONSECUENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES DE LA REVOLUCIÓN DIGITAL

INTERNET AND POLITICS: POLITICAL AND SOCIAL
CONSEQUENCES OF THE DIGITAL REVOLUTION

Pablo BARBERÁ

Profesor de Ciencia Política y Relaciones Internacionales
Universidad de California del Sur, Los Ángeles
<https://orcid.org/0000-0002-9063-4829>

Fecha de recepción del artículo: abril 2020
Fecha de aceptación y versión final: mayo 2020

RESUMEN

El éxito de internet como nueva plataforma comunicativa ha generado una profunda transformación política y social. El objetivo de este artículo es ofrecer un análisis de estas consecuencias, utilizando como hilo conductor la principal transformación que conlleva la revolución digital: una reducción radical en los costes de entrada a la comunicación de masas. En contraste con el optimismo inicial sobre la democratización de la esfera política en la era de internet, y la actual preocupación sobre los efectos negativos de las redes sociales, mi argumento es que estas consecuencias no son universalmente positivas o negativas. En mi análisis, me centro en tres aspectos centrales de la revolución digital: la posible polarización resultante del consumo social de información política a través de internet, el uso de herramientas tecnológicas para la coordinación de movimientos sociales y los efectos del uso de redes sociales en la calidad de la democracia representativa y las políticas públicas.

Palabras clave: internet, redes sociales, tecnología, política, polarización, comunicación política.

ABSTRACT

The success of the internet as a new communication platform has led to a profound political and social transformation. The goal of this article is to

offer an analysis of these consequences, using as a common thread what I see as the main transformation of the digital revolution: a radical drop in the entry costs associated with mass broadcasting. In contrast with the initial optimism about the democratization of the public sphere in the internet era and the current concern about the negative effects of social media, my argument is that these consequences are not universally positive or negative. In my analysis, I focus on three core aspects of the digital revolution: the potential polarization resulting from the social consumption of political information through the internet, the use of technological tools for the coordination of social movements, and the effects of using social media platforms on the quality of representative democracy and public policies.

Keywords: internet, social media, technology, politics, polarization, political communication.

SUMARIO: I. INTRODUCCIÓN. II. INTERNET Y POLÍTICA: CÓMO EL OPTIMISMO INICIAL SE TRANSFORMÓ EN PREOCUPACIÓN. III. LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS REDUCEN LAS BARRERAS DE ENTRADA A LA COMUNICACIÓN DE MASAS. 1. La importancia de los lazos débiles: las redes sociales y la comunicación interpersonal. 2. Dando una voz a los excluidos: movimientos sociales y de protesta. 3. Favoreciendo la comunicación entre representantes y representados: ¿mejorando la calidad de las políticas públicas o exacerbando la brecha digital? IV. CONCLUSIONES. V. BIBLIOGRAFÍA.

I. INTRODUCCIÓN

La reciente explosión en el uso de internet alrededor del mundo representa una transformación tecnológica cuyo impacto únicamente puede equipararse a la invención de la imprenta. En parte gracias a la creciente disponibilidad de banda ancha y el uso de *smartphones*, el acceso a internet es en la actualidad casi universal en países desarrollados, avanzando rápidamente en la misma dirección en zonas en desarrollo.

Este incremento en el acceso a internet ha tenido lugar de manera paralela a la invención de nuevas plataformas electrónicas que hacen uso de él. En el sector de negocios, nuevas herramientas para el comercio electrónico han reducido los costes de entrada a multitud de emprendedores, facilitando la creación y éxito de pequeñas y medianas empresas. Los medios de comunicación están experimentando una transformación similar, con la aparición de multitud de portales de noticias que en muchos casos obtienen mayor difusión que periódicos de tirada nacional. En el ámbito de la política, nuevas redes sociales como Facebook o Twitter están revolucionando la manera en que administraciones públicas, legisladores y candidatos a elecciones se comunican con los ciudadanos, así como las herramientas que esos mismos ciudadanos pueden utilizar para organizar eventos de acción colectiva. Este tipo de comunicación en el ámbito social se ha visto asimismo favorecido por la creación de nuevas aplicaciones de mensajería instantánea, como Whatsapp y Telegram. El contexto actual, con una pandemia global que ha requerido medidas de confinamiento social, ha contribuido a acelerar estas dinámicas, acentuando la importancia de las herramientas tecnológicas.

El éxito de internet como nueva plataforma comunicativa a gran escala representa una profunda transformación en nuestra vida diaria, con un impacto político y social que la comunidad académica está aún intentando caracterizar. Inicialmente, la recepción fue optimista. Estudios teóricos sobre pautas comunicativas auguraron una democratización de la esfera pública (Dalhgren, 2005). En países no democráticos, internet fue de hecho etiquetado como una *tecnología de la liberación* (Diamond, 2010), por proveer a las fuerzas opositoras

con herramientas para evadir la censura de gobiernos autocráticos, así como con vías para obtener apoyo de la comunidad internacional.

Sin embargo, en los últimos años este optimismo inicial se ha ido enfriando en respuesta a cambios sociales que ponen en duda la capacidad transformadora de internet y las redes sociales (Tucker *et al.*, 2017). El uso de internet es frecuentemente mencionado como una causa que explica el incremento en la polarización política y el auge de fuerzas políticas con posiciones extremas en la mayor parte de los países democráticos, así como una plataforma que permite la difusión de noticias falsas. Los gobiernos autoritarios hacen cada vez mayor uso de herramientas tecnológicas para incrementar la censura de la opinión pública o para interferir en elecciones en otros países. Estas consecuencias aparentemente tan negativas son un argumento recurrente para justificar una regulación más estricta del uso de internet, que podría atentar contra la privacidad de los ciudadanos.

El objetivo de este artículo es ofrecer un análisis de las complejas dinámicas políticas asociadas al éxito de internet y redes sociales como herramientas comunicativas. En contraste con el optimismo inicial y el catastrofismo que parece permear los trabajos más recientes en la literatura académica, presento una síntesis más matizada que intenta explicar de manera coherente y exhaustiva las consecuencias políticas y sociales de la revolución digital.

El hilo conductor de mi argumento es que internet y las redes sociales reducen las barreras de entrada a la comunicación política pública. En mi análisis, me centro en tres consecuencias centrales derivadas de este cambio. Estos efectos no son universalmente positivos o negativos; de hecho, en gran medida generan cambios que en apariencia pueden resultar paradójicos, pero que pueden ser entendidos bajo la luz de mi argumento.

La primera consecuencia es que estos nuevos canales de comunicación aumentan la importancia de nuestros lazos sociales (amigos, familiares, conocidos, etc.) en nuestra dieta de noticias, dado que son ellos quienes comparten el contenido que consumimos a través de redes sociales. Pese a los temores de que este proceso pueda generar burbujas ideológicas, en la práctica el principal resultado es un incremento en la diversidad de las opiniones políticas a las que nos vemos expuestos.

La segunda es que ofrecen una voz a aquellos grupos sociales que tradicionalmente han sido excluidos o marginados de la esfera pública. Sin embargo, paradójicamente el mismo mecanismo que permite a las fuerzas opositoras en países autocráticos organizarse también favorece que movimientos con ideologías extremistas en países democráticos obtengan mayor visibilidad.

En tercer lugar, la reducción en barreras de entrada también facilita la comunicación entre gobierno y ciudadanos. Esto ha mejorado la calidad de la representación política, que se beneficia de ofrecer un mayor nivel de transparencia en la toma de decisiones. Pese a ello, sin un esfuerzo más activo para entender qué voces reciben mayor difusión, se corre el riesgo de incrementar la desigualdad política: el hecho de que las redes sociales ofrezcan nuevas posibilidades para expresarse políticamente no quiere decir que todos las utilicen de manera homogénea. El principal reto para las administraciones públicas es el desarrollo de campañas de alfabetización digital que puedan reducir estas desigualdades en el uso efectivo de herramientas tecnológicas.

II. INTERNET Y POLÍTICA: CÓMO EL OPTIMISMO INICIAL SE TRANSFORMÓ EN PREOCUPACIÓN

Internet y las redes sociales se han convertido en una herramienta de uso generalizado en nuestra vida cotidiana. Según datos de Eurostat, en 2019 un 90 % de hogares en la Unión Europea cuenta con acceso a internet, unos 30 puntos porcentuales más que en 2008. Este incremento se debe en gran parte al aumento en el uso de dispositivos móviles: el 73 % de las personas utilizaron un teléfono móvil o *smartphone* para conectarse a internet en 2019. Esta cifra es aún mayor en España, donde alcanza el 86 %, un drástico aumento con respecto al 17 % que se observaba en 2011. La participación en redes sociales como Facebook o Twitter es una de las actividades *online* más frecuentes: el 57 % de los europeos (y 59 % de los españoles) admiten haberlas utilizado en 2019, lo que representa un incremento de aproximadamente 20 puntos porcentuales respecto a 2011. Y aunque estos datos no se encuentran aún disponibles para 2020, es lógico esperar que la situación actual de confinamiento social esté disparando el uso de tecnologías digitales aún más.

Esta rápida transformación en los instrumentos de comunicación social está teniendo un profundo impacto social y político cuyas consecuencias aún no han solidificado. Desde una perspectiva académica, los primeros estudios teóricos sobre esta cuestión daban motivos para el optimismo (véase por ejemplo Papacharissi, 2002) al argumentar que internet, y en particular la capacidad para transmitir a un gran número de personas a través de redes sociales, tenía el potencial de democratizar la esfera pública. Dahlgreen (2005), por ejemplo, auguraba que, frente a la crisis de las democracias occidentales, internet contribuiría a una pluralización del debate público y a desarrollar una cultura cívica más participativa.

En países autocráticos, internet fue denominado una *tecnología de la liberación* por Larry Diamond (2010), al permitir a los ciudadanos expresarse libremente, organizar protestas y expandir los límites de la libertad. La Primavera Árabe o movimientos sociales como Occupy Wall Street, Black Lives Matter o los *indignados* en España son frecuentemente mencionados como ejemplos del poder que internet y las redes sociales pueden tener en acelerar el progreso social y político (Farrell, 2012).

La conclusión predominante en estos estudios es que internet produciría no solamente una ciudadanía más informada sobre las políticas públicas, sino también nuevos mecanismos que los ciudadanos podrían utilizar para comunicarse entre ellos y con sus representantes, facilitando su participación directa en el proceso político. En aquellos casos en que estos procesos de rendición de cuentas no tuvieran lugar, las redes sociales dotarían a movimientos sociales y de protesta de capacidad organizativa, de la posibilidad de difundir mensajes de protesta a un bajo coste y sin la necesidad de medios de comunicación, así como de mecanismos para movilizar y coordinar fácilmente cualquier número de personas.

Contra este optimismo inicial, en los últimos años ha emergido una visión más crítica fundamentada en acontecimientos recientes que no se ajustan a lo teorizado. Gobiernos autocráticos en países como China, Arabia Saudí o Irán pronto aprendieron que podían utilizar la tecnología en su propio beneficio. Parte de esta respuesta consistió en estrategias familiares, como la censura política, que se veía reforzada de manera férrea al poder controlar el contenido distribuido por redes

sociales. Sin embargo, como Roberts (2018) observa, estos gobiernos también desarrollaron nuevas estrategias, como el uso de información obtenida de redes sociales para justificar las detenciones de activistas digitales o la creación de un gran número de perfiles falsos en redes sociales para generar la apariencia de apoyo popular al régimen (esto es también conocido como *astroturfing*).

Estas influencias en muchos casos van más allá de intentar manipular la opinión pública en sus propios países. La serie de estudios publicados por el grupo de investigación sobre propaganda *online* en la Universidad de Oxford han identificado intentos exitosos por parte de los Gobiernos ruso y chino de interferir en elecciones en varios países, incluyendo Estados Unidos, Ucrania, Taiwan o Brasil (Woolley y Howard, 2017). Estas campañas de desinformación utilizan una combinación de cuentas falsas (*trolls*) y automatizadas (*bots*) para atacar de manera coordinada determinados objetivos estratégicos, como por ejemplo periodistas o políticos. Otra estrategia frecuente consiste en infiltrarse en conversaciones de por sí ya politizadas, para intentar exacerbar la polarización y crispación política mediante mensajes sensacionalistas. Stella *et al.* (2018) encontraron evidencia de que estas mismas técnicas han sido utilizadas para intervenir en elecciones en España.

En sociedades democráticas, la reducción en las barreras de entrada a movimientos minoritarios con capacidad organizativa ha permitido que grupos sociales con posiciones extremas y populistas hayan ganado visibilidad y representación en las instituciones públicas (Engesser *et al.*, 2017). Estas dinámicas de polarización parecen haberse visto reforzadas por características de las redes sociales, como los algoritmos que utilizan para decidir qué contenido se muestra a sus usuarios, que han sido acusados de crear *cámaras de eco* ideológicas (Pariser, 2011; Sunstein, 2018). La preocupante consecuencia de estos cambios es que los ciudadanos acaben inmersos en «burbujas» en las que solo se vean expuestos a información política que confirma sus propias opiniones, lo cual podría contribuir a su radicalización política.

Frente a estas dos visiones antagónicas sobre las consecuencias del uso de internet en la política, existen motivos para pensar que la realidad se encuentra en una posición intermedia. Una evaluación

detallada de la evidencia empírica recogida en estudios académicos revela que muchos de los mayores temores no se han cumplido. Por ejemplo, no todos los esfuerzos del Gobierno chino para ejercer su censura política son exitosos y, de hecho, los ciudadanos han encontrado diferentes maneras de evadirla (Hobbs y Roberts, 2018). Las noticias falsas en las redes sociales representan un porcentaje muy pequeño del total de noticias compartido, y son consumidas por un número limitado de personas (Grinberg *et al.*, 2019; Guess *et al.*, 2019). Y el incremento en la polarización política se debe precisamente a los ciudadanos que menos utilizan internet (Boxell *et al.*, 2017) y ha ocurrido de manera desigual en los países de la OCDE, lo cual implica que no existe un vínculo causal claro entre acceso a internet y polarización (Boxell *et al.*, 2020).

¿Cómo se puede entender, por tanto, el impacto que la tecnología está teniendo en la política? El objetivo de este artículo es tratar de reconciliar los argumentos teóricos de la literatura académica con resultados empíricos de estudios publicados en los últimos años. Para ello, propongo como hilo conductor el mecanismo principal que hace a internet diferente de otros medios de comunicación de masas: el hecho de que contribuya a reducir de manera radical las barreras de entrada a nuevos actores.

III. LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS REDUCEN LAS BARRERAS DE ENTRADA A LA COMUNICACIÓN DE MASAS

La característica que define a internet y redes sociales como herramienta comunicativa es que reducen de manera radical las barreras de entrada en la capacidad que tiene cualquier ciudadano para hacer llegar un mensaje a una audiencia masiva (Tucker *et al.*, 2017). Como argumenta Benkler (2006) en su análisis histórico de los medios de comunicación, en la era anterior a internet la comunicación de masas requería una elevada inversión de capital: por ejemplo, la adquisición de imprentas comerciales para producir periódicos o de costosos estudios de producción para emitir programas de televisión. Estos costes de entrada creaban un efecto de cuello de botella que hacía que aquellos con poder económico y político tuvieran mayor poder sobre los mensajes que recibían los ciudadanos.

La popularización de internet y de determinadas herramientas *online*, como los blogs o las redes sociales, ha reducido estos costes a prácticamente cero. Esto ha generado un cambio en las estructuras tradicionales de comunicación, que se basaban en un modelo de «uno a muchos», a un nuevo modelo de «muchos a muchos», en que cualquier mensaje tiene la capacidad de convertirse en viral y llegar a la totalidad de los ciudadanos. Es esta modificación la que hace de internet una herramienta de transformación política y social tan poderosa.

En el resto de este apartado, expongo las tres consecuencias centrales derivadas de este cambio, cada una a un nivel diferente: *micro* (centrado en los ciudadanos de manera individual), *meso* (centrado en los ciudadanos organizados de manera colectiva) y *macro* (centrado en la sociedad al completo, así como en las interacciones con representantes políticos).

1. La importancia de los lazos débiles: las redes sociales y la comunicación interpersonal

La mayor parte de nuestras decisiones personales, tanto políticas como de otros tipos, son en gran medida el resultado de influencias que nos llegan de las personas de nuestro entorno. De la misma manera que compramos productos porque están de moda o porque otras personas que conocemos los utilizan, también nuestras decisiones políticas –si votar o no y a quién o qué posiciones políticas mantener– son influidas por nuestros contactos sociales (Sinclair, 2012).

Al reducir los costes de la comunicación interpersonal, el uso de internet amplifica la influencia de los individuos en nuestras redes personales (Rainie y Wellman, 2012). En contraste con el consumo tradicional de información política, que tenía lugar a través de un número reducido de medios de comunicación (periódicos y canales de televisión), en la era digital son nuestros contactos sociales los que deciden cuál es la información política a la que nos vemos expuestos, ya que son ellos los que eligen qué contenido comparten a través de redes sociales.

El consumo *social* de información política genera una creciente fragmentación de los espacios públicos en los que tiene lugar la

comunicación social. Y una posible consecuencia de este cambio es que podría traducirse también en una mayor fragmentación política. Este argumento ha sido popularizado más recientemente por académicos como Cass Sunstein (2018) en su libro *#Republic*, pero la idea ha estado en circulación desde hace años. En uno de los estudios clásicos en el campo de la sociología, Robert Putnam ya apuntaba que internet podría fomentar el extremismo: *Mientras que las interacciones en el mundo real a menudo nos fuerzan a lidiar con la diversidad, el mundo virtual podría ser mucho más homogéneo* (2000: 178).

Para entender este proceso, el concepto de *homofilia* social puede resultar útil (McPherson *et al.*, 2001). Los seres humanos exhibimos una tendencia a estar conectados con otras personas que son similares a nosotros, ya sea en términos demográficos como género o edad, características sociales como clase social, e incluso afinidades políticas. La homogeneidad de nuestras redes personales puede ser fruto de un proceso de selección (elegimos relacionarnos con aquellos que son parecidos a nosotros) o influencia (cambiamos nuestras opiniones políticas para ajustarnos a las posiciones de aquellos con los que interactuamos más frecuentemente).

Por tanto, si internet incrementa la importancia de nuestros contactos sociales en la elección del tipo de información política que consumimos, podríamos argumentar que la consecuencia lógica de este proceso sería la aparición de comunidades cada vez más homogéneas o cámaras de eco político (Sunstein, 2018), que a su vez estarían separadas de comunidades políticamente opuestas. Este proceso, que podría verse reforzado por algoritmos que organizan la información que vemos en redes sociales (Pariser, 2011), podría desembocar en un incremento de la polarización política en el ámbito social.

Pese a la popularidad de este argumento, la evidencia empírica no parece apoyar su validez y, de hecho, ofrece una visión mucho más compleja del vínculo entre uso de internet y polarización política. Una proporción elevada de las interacciones en redes sociales tienen lugar entre ciudadanos con posiciones políticas diferentes (Bakshy *et al.*, 2015); el consumo de información política diversa es más frecuente a través de redes sociales que de medios tradicionales (Barnidge, 2017; Fletcher and Nielsen, 2018), y los algoritmos no parecen tener un efecto significativo en el modo en que se organiza el contenido

político en redes sociales (Haim *et al.*, 2018; Möller *et al.*, 2018). De hecho, el incremento en la polarización política en los Estados Unidos ha sido mayor precisamente entre aquellos grupos sociales menos activos en internet (Boxell *et al.*, 2017).

¿Cómo pueden entenderse entonces estos resultados que aparentan ser tan poco intuitivos? Es aquí donde mi argumento sobre las barreras de entrada puede ser iluminador. Al reducirse los costes de producir y compartir información, nos vemos expuestos a más información proveniente de todos nuestros contactos sociales. Pero este cambio no afecta a los flujos de información provenientes de aquellos que nos son más cercanos (familia, amigos íntimos), ya que incluso en la ausencia de internet podríamos comunicarnos con ellos. Lo que el éxito de las redes sociales modifica es, de hecho, la frecuencia con que recibimos mensajes de nuestros *lazos débiles*.

Los *lazos débiles* en nuestras redes personales –un concepto propuesto inicialmente por Granovetter (1973)– son aquellos con los que conversamos sobre política menos frecuentemente: familiares lejanos, colegas de trabajo, antiguos compañeros de escuela o universidad, o miembros de grupos sociales a los que pertenecemos (congregación religiosa, asociación deportiva, etc.). Estos lazos débiles de hecho juegan un papel fundamental en la sociedad, dado que son los que contribuyen en mayor medida a la propagación de información. El estudio original de Granovetter (1973), por ejemplo, demostró que es a través de lazos débiles que encontramos la mayor parte de las oportunidades laborales. Y son precisamente los lazos débiles los que dotan de mayor diversidad a nuestras redes personales. Mientras que la homofilia política es una fuerza importante que incrementa la homogeneidad de nuestros contactos sociales más cercanos, según nos vamos alejando de ese núcleo es mucho más probable que encontremos personas con las que no estamos de acuerdo políticamente. En el caso de las familias, por ejemplo, esto se materializa en que normalmente hay mayor homogeneidad política entre hermanos que entre primos u otros parientes lejanos (McPherson *et al.*, 2001).

Al reducir las barreras de entrada a la comunicación interpersonal, internet y las redes sociales incrementan la exposición a mensajes de nuestros lazos débiles (Gil de Zúñiga y Valenzuela, 2011). Y puesto que estos contactos sociales tienden a ser políticamente más

heterogéneos, así puede explicarse que el consumo de información política sea también más diverso a través de redes sociales. Pese a que pueda argumentarse que la influencia de cada uno de estos contactos a nivel individual sea limitada, su número es tan elevado que, de hecho, los lazos débiles contribuyen a la mayor parte de la difusión de información a través de redes sociales (Bakshy *et al.*, 2012).

No obstante, es importante añadir que el hecho de que las pautas de comunicación en la era digital no sean polarizadoras a nivel agregado no quiere decir que no existan determinados mecanismos que puedan contribuir al extremismo político en determinados segmentos de la población. Por ejemplo, el uso de las redes sociales por parte de grupos terroristas como una herramienta de reclutamiento y posterior radicalización, pese a ser por suerte un fenómeno poco frecuente, ha sido bien documentado (Berger, 2014).

2. Dando una voz a los excluidos: movimientos sociales y de protesta

A un nivel más agregado, la desaparición de los costes de la comunicación de masas ha contribuido a impulsar el activismo político. Las redes sociales se han convertido en un instrumento fundamental para la coordinación de grupos de protesta social, desde aquellos que se rebelan contra un régimen autocrático a los que se organizan para fomentar el cambio social en democracias, incluyendo movimientos a escala local.

Las consecuencias de esta transformación se manifiestan de diferentes maneras. En primer lugar, los movimientos sociales ya no son tan dependientes de los medios de comunicación para poder publicitar sus actividades, ya que pueden cultivar audiencias masivas a través de internet. Incluso movimientos con un número reducido de miembros pueden convertirse en *trending topic* y multiplicar su visibilidad si están suficientemente organizados.

En aquellos países donde los movimientos de protesta habían sido excluidos de la esfera pública de manera sistemática, la capacidad de llegar a audiencias masivas, tanto nacionales como extranjeras, es citada frecuentemente como un factor esencial que contribuyó al éxito de las fuerzas opositoras durante la Primavera Árabe (Tufekci y Wilson, 2012).

En segundo lugar, internet es importante no solo como canal de difusión, sino también como herramienta de coordinación que permite organizarse a grupos tanto a escala local como global. Un gran número de manifestaciones en los últimos años, desde Occupy Wall Street hasta las recientes huelgas internacionales por el clima, se han beneficiado en su organización de una característica esencial de las redes *online* de protesta: el hecho de que permitan la aparición de diferentes papeles de activista. Tal y como apuntan González-Bailón y Wang (2016), las redes sociales hacen posible una distribución más eficiente de los roles que los activistas desempeñan en un movimiento social exitoso.

El tercer factor, y probablemente el más importante, consiste en la reducción en el coste de participar en una protesta política que conlleve el uso de herramientas digitales. Antes de la invención de internet, poder contribuir a un movimiento social requería una alta inversión de tiempo y esfuerzo que pocos podían permitirse. Incluso el hecho de informarse en sí sobre cómo organizarse ya suponía una importante barrera de entrada. En la actualidad, aun aquellos que prefieren no salir de casa pueden participar activamente en movimientos sociales, incluso con actos tan sencillos como publicar mensajes de apoyo en las redes sociales.

Existe mucho escepticismo respecto a la efectividad de este nuevo tipo de activismo, a veces denominado peyorativamente *clicktivism* o *activismo de salón*. Autores como Gladwell (2010) o Morozov (2012) argumentan que los movimientos sociales necesitan un núcleo de activistas dedicados y completamente comprometidos. En su opinión, la participación política que tiene lugar a través de internet no produce incentivos que favorezcan este tipo de activismo, sino todo lo contrario: al reducir el nivel de motivación requerida para poderse involucrar, generan movimientos poco estructurados que tienden a fracasar.

Pese a todo, existe bastante evidencia empírica de que incluso el *activismo de salón* juega un papel importante en los movimientos sociales tras la revolución digital. Steinert-Threlkeld (2017) divide a los activistas entre centro y periferia, y demuestra que aquellos en la periferia (ya sea geográficamente o en términos de verse involucrados

en el movimiento) de hecho son esenciales para el éxito de una protesta.

Estos actores periféricos son relevantes por dos motivos. Por una parte, dado que representan la mayoría de los participantes, su contribución en términos agregados es igual de importante que la de los del centro (aquellos que, por ejemplo, están acampados en el epicentro geográfico de la protesta). Por otra, son fundamentales porque están más conectados a otros actores periféricos y, por tanto, contribuyen a la difusión de información sobre la protesta más allá de su núcleo inicial. Mediante un análisis comparado de varios movimientos sociales, Barberá *et al.* (2015) demuestran que las protestas exitosas son precisamente aquellas que son capaces de movilizar no solamente a un número alto de activistas dedicados, sino también a la periferia de *clicktivistas* que participan remotamente.

En general, se tiende a pensar que facilitar la participación en movimientos sociales es normativamente positiva, ya que contribuye a la formación cívica y a que los ciudadanos se involucren en la vida política. Sin embargo, los mismos recursos y capacidades para difundir mensajes políticos que estos movimientos utilizan pueden ser también parte del arsenal de movimientos con ideologías extremistas, como los grupos racistas y xenófobos o los que creen en teorías de la conspiración.

En un mundo en que los periodistas y medios de comunicación tradicionales ven su poder erosionado, las ideas extremas pueden emerger y llegar a un elevado número de personas sin ningún tipo de filtro. De esta manera, actores con inclinaciones antidemocráticas pueden de hecho aprender de las técnicas que fuerzas opositoras utilizaron para llevar a cabo revoluciones en países autoritarios, aunque en este caso con fines iliberales.

La desaparición del filtro que representan los periodistas al juzgar qué noticias pasan a formar parte de la agenda pública es un factor que está también contribuyendo a la difusión de la desinformación a través de redes sociales. Vosoughi *et al.* (2018) demostraron que las mismas dinámicas que explican por qué los movimientos sociales se ven beneficiados por el uso de redes sociales también nos ayudan a entender la difusión de las noticias falsas: la mayor importancia de los actores periféricos hace que las noticias falsas lleguen a un

mayor número de personas en Twitter que las noticias verdaderas. Es importante destacar, sin embargo, que otros estudios (Grinberg *et al.*, 2019; Guess *et al.*, 2019) han matizado esta conclusión al encontrar que son una minoría de ciudadanos los que consumen desinformación a través de Twitter y Facebook. En cualquier caso, esta literatura pone de relieve la facilidad con que actores interesados en propagar noticias falsas, ya sea por motivos económicos o políticos, pueden encontrar una audiencia receptiva a sus mensajes a través de las redes sociales.

La respuesta a estos retos por parte de los gobiernos democráticos a su vez ha abierto un profundo debate sobre los límites a la libertad de expresión. Por ejemplo, la legislación en contra del discurso del odio en Alemania, que obliga a las empresas tecnológicas a borrar de sus plataformas cualquier mensaje que incumpla la legislación sobre incitación al odio, fue copiada por países poco democráticos, como Rusia o Venezuela, y utilizada como un instrumento para censurar opiniones políticas contrarias al régimen (Mchangama y Fiss, 2019). La lucha por reducir la difusión de las noticias falsas tampoco ha estado libre de controversia. Las intervenciones diseñadas por Twitter o Facebook son a menudo calificadas como censura, aun cuando están respaldadas por agencias independientes a cargo del proceso de *fact-checking*. Y soluciones más técnicas, como el desarrollo de herramientas de inteligencia artificial, son difíciles de implementar en la práctica debido a la complejidad de distinguir noticias reales y noticias falsas, no solo para estas herramientas automatizadas, sino incluso para los ciudadanos.

3. *Favoreciendo la comunicación entre representantes y representados: ¿mejorando la calidad de las políticas públicas o exacerbando la brecha digital?*

El tercer nivel al que la reducción en las barreras de entrada a la comunicación está teniendo un efecto significativo es el de nuestras sociedades en conjunto: internet y las redes sociales han abierto canales de comunicación bidireccional entre representantes políticos y ciudadanos. Y este nuevo tipo de comunicación está a su vez afectando la calidad de la democracia representativa y las políticas públicas.

Por una parte, la revolución digital ha permitido que los representantes políticos, ya sean miembros de parlamentos nacionales o de

ejecutivos, puedan comunicarse directamente con los ciudadanos. Esto les ofrece una mayor oportunidad de explicar sus posiciones políticas, de promocionar sus actividades de campaña y de establecer vínculos directos con ciudadanos u otros representantes políticos (Duncombe, 2019; Hemphill *et al.*, 2013). El resultado de esta transformación es una mayor transparencia en el funcionamiento del proceso legislativo y de la administración pública, que debería conllevar una mejora en la efectividad de las políticas públicas (Margetts, 2012).

Por otra parte, las redes sociales también permiten que los ciudadanos se expresen directamente ante sus representantes políticos. Esto puede tener lugar mediante mensajes directos a través de redes sociales o participando en fórums comunicativos promovidos por partidos políticos; pero también mediante campañas organizadas que tienen como objetivo incrementar la atención a temas concretos. Una creciente literatura académica demuestra que este tipo de procesos participativos genera resultados que pueden aumentar la calidad de la representación política. Por ejemplo, Barberá *et al.* (2019) mostraron que los legisladores modifican sus prioridades políticas para ajustarse a cambios en la atención que el público presta a temas concretos cuando los ciudadanos los expresan a través de Twitter. Cuando estos incrementaban el número de mensajes publicados sobre asuntos como inmigración, gasto público o cambio climático, los miembros del Congreso en Estados Unidos respondían dedicando un mayor porcentaje de su tiempo a hablar públicamente, tanto en redes sociales como en intervenciones en el Parlamento, sobre esos mismos temas.

Sin embargo, sin un mejor entendimiento de qué voces reciben mayor difusión en estos procesos participativos, se corre el riesgo de incrementar la desigualdad política: el hecho de que las redes sociales ofrezcan nuevas posibilidades para expresarse políticamente no quiere decir que todos los grupos sociales se vean representados de igual manera. De hecho, Barberá *et al.* (2019) encontraron que los legisladores prestan mayor atención a ciudadanos que son más activos en las redes sociales, especialmente cuando son de su misma orientación política.

El primer límite a la participación es la desigualdad en el acceso a internet. Aunque, como he mencionado anteriormente, más del 90% de los hogares españoles tienen acceso a internet, eso no

quiere decir que todos los ciudadanos puedan hacer uso efectivo de herramientas tecnológicas. Pese a los esfuerzos de los gobiernos para fomentar el «alfabetismo digital», en la práctica la creciente dependencia de portales digitales para todo tipo de trámites con la administración pública ha incrementado la brecha digital (van Dijk, 2017). Y lo que es más preocupante, la capacidad para utilizar internet de manera efectiva está correlacionada con otros factores que inciden en la desigualdad, como el género, nivel educativo o clase social (DiMaggio *et al.*, 2004).

Pero más allá de esta primera fuente de desigualdad, existe también el riesgo de que la revolución tecnológica únicamente aumente la voz de aquellos que ya la tenían. Esta preocupación se refleja, por ejemplo, cada vez que los representantes políticos utilizan las redes sociales para tomar el pulso de la opinión pública sobre temas de relevancia social. El potencial problema en este sentido es que los ciudadanos que participan de manera activa en estas conversaciones no son representativos de la sociedad: por ejemplo, es más probable que sean hombres, más interesados en la política y con posiciones ideológicas más extremas (Barberá y Rivero, 2015; Mellon y Prosser, 2017). Si estas voces son las que obtienen mayor resonancia, la paradójica consecuencia de utilizar internet como un nuevo canal de comunicación entre ciudadanía y gobierno es que se reforzaría la desigualdad en la calidad de la representación política.

Por estos motivos, es fundamental que las administraciones públicas hagan un esfuerzo para informar y educar a la población sobre cómo utilizar las herramientas tecnológicas de manera efectiva, así como para asegurarse, cada vez que utilizan las redes sociales para recabar información relevante, de que en ese proceso no estén exacerbando los sesgos existentes respecto a qué opiniones reciben mayor atención.

IV. CONCLUSIONES

La revolución digital, materializada en el uso casi constante de herramientas tecnológicas en nuestra vida cotidiana, representa una profunda transformación cuyas consecuencias sociales y políticas no están aún claras. Como he demostrado en este artículo, estos

efectos son en ocasiones poco intuitivos y nuestras expectativas se ven frecuentemente contradichas por la evidencia empírica sobre cómo utilizamos internet y las redes sociales para comunicarnos.

Para entender estas consecuencias, probablemente la conclusión más importante es que todos estos efectos no son inherentemente positivos o negativos. Como con cualquier otra herramienta, todo depende del uso que se haga de ella. Es por esto por lo que entender cuáles son los posibles sesgos o efectos no esperados asociados al éxito de internet y las redes sociales resulta fundamental para evitar algunos de los fenómenos que desde un punto de vista normativo no son deseables.

Parte de estos esfuerzos deben provenir de la administración pública, implementando medidas que garanticen la inclusión efectiva de todos los ciudadanos, ya sea mediante campañas que fomenten el alfabetismo digital o tratando de garantizar que todas las voces reciban la misma atención si se utilizan redes sociales para tomar el pulso social. Sin embargo, al reducir las barreras de entrada, internet y redes sociales otorgan a los ciudadanos un papel protagonista en decidir los futuros usos de estas herramientas. En un mundo en que cualquier mensaje puede llegar a millones de personas sin ningún tipo de filtro, es más importante que nunca mantenerse vigilante.

V. BIBLIOGRAFÍA

- BAKSHY, E., ROSENN, I., MARLOW, C. y ADAMIC, L. (2012). The role of social networks in information diffusion. En *Proceedings of the 21st international conference on World Wide Web* (pp. 519-528). Nueva York: Association for Computing Machinery.
- BAKSHY, E., MESSING, S. y ADAMIC, L. A. (2015). Exposure to ideologically diverse news and opinion on Facebook. *Science*, 348 (6239), pp. 1130-1132.
- BARBERÁ, P. y RIVERO, G. (2015). Understanding the political representativeness of Twitter users. *Social Science Computer Review*, 33 (6), pp. 712-729.
- BARBERÁ, P., WANG, N., BONNEAU, R., JOST, J. T., NAGLER, J., TUCKER, J. y GONZÁLEZ-BAILÓN, S. (2015). The critical periphery in the growth of social protests. *PloS one*, 10 (11).

- BARBERÁ, P., CASAS, A., NAGLER, J., EGAN, P. J., BONNEAU, R., JOST, J. T. y TUCKER, J. A. (2019). Who leads? Who follows? Measuring issue attention and agenda setting by legislators and the mass public using social media data. *American Political Science Review*, 113 (4), pp. 883-901.
- BARNIDGE, M. (2017). Exposure to political disagreement in social media versus face-to-face and anonymous online settings. *Political Communication*, 34 (2), pp. 302-321.
- BERGER, J. M. (2014). How ISIS games Twitter. *The Atlantic*, 16 de junio de 2014. Recuperado de <https://www.theatlantic.com/international/archive/2014/06/isis-iraq-twitter-social-media-strategy/372856/>
- BOXELL, L., GENTZKOW, M. y SHAPIRO, J. M. (2017). Greater Internet use is not associated with faster growth in political polarization among US demographic groups. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 114 (40), pp. 10612-10617.
- BOXELL, L., GENTZKOW, M. y SHAPIRO, J. M. (2020). *Cross-Country Trends in Affective Polarization* (No. w26669). Cambridge, Massachusetts: National Bureau of Economic Research.
- DAHLGREN, P. (2005). The Internet, public spheres, and political communication: Dispersion and deliberation. *Political communication*, 22 (2), pp. 147-162.
- DIAMOND, L. (2010). Liberation Technology. *Journal of Democracy* 21 (3), pp. 69-83.
- DIMAGGIO, P., HARGITTAL, E., CELESTE, C. y SHAFER, S. (2004). Digital inequality: From unequal access to differentiated use. En *Social inequality* (pp. 355-400). Nueva York: Russell Sage Foundation.
- VAN DIJK, J. A. (2017). Digital divide: Impact of access. *The international encyclopedia of media effects* (pp. 1-11). Hoboken, Nueva Jersey: John Wiley & Sons, Incorporated.
- DUNCOMBE, C. (2019). Digital Diplomacy: Emotion and Identity in the Public Realm. *The Hague Journal of Diplomacy*, 14 (1-2), pp. 102-116.
- ENGESSER, S., FAWZI, N. y LARSSON, A. O. (2017). Populist online communication: Introduction to the special issue. *Information, Communication & Society*, 20 (9), pp. 1279-1292.
- FARRELL, H. (2012). The consequences of the internet for politics. *Annual review of political science*, 15 (1), pp. 35-52.
- FLETCHER, R. y NIELSEN, R. K. (2018). Are people incidentally exposed to news on social media? A comparative analysis. *New media & society*, 20 (7), pp. 2450-2468.

- GIL DE ZÚÑIGA, H. y VALENZUELA, S. (2011). The mediating path to a stronger citizenship: Online and offline networks, weak ties, and civic engagement. *Communication Research*, 38 (3), pp. 397-421.
- GLADWELL, M. (2010). Small change. *The New Yorker*, 4 (2010), pp. 42-49.
- GONZÁLEZ-BAILÓN, S. y WANG, N. (2016). Networked discontent: The anatomy of protest campaigns in social media. *Social networks*, 44, pp. 95-104.
- GRINBERG, N., JOSEPH, K., FRIEDLAND, L., SWIRE-THOMPSON, B. y LAZER, D. (2019). Fake news on Twitter during the 2016 US presidential election. *Science*, 363 (6425), pp. 374-378.
- GUESS, A., NAGLER, J. y TUCKER, J. (2019). Less than you think: Prevalence and predictors of fake news dissemination on Facebook. *Science advances*, 5 (1).
- HAIM, M., GRAEFE, A. y BROSIUS, H. B. (2018). Burst of the filter bubble? Effects of personalization on the diversity of Google News. *Digital journalism*, 6 (3), pp. 330-343.
- HEMPHILL, L., OTTERBACHER, J. y SHAPIRO, M. (2013). What's Congress doing on Twitter? En *Proceedings of the 2013 conference on Computer supported cooperative work* (pp. 877-886). Nueva York: Association for Computing Machinery.
- HOBBS, W. R. y ROBERTS, M. E. (2018). How sudden censorship can increase access to information. *American Political Science Review*, 112 (3), pp. 621-636.
- MARGETTS, H. Z. (2009). The Internet and public policy. *Policy & Internet*, 1 (1), pp. 1-21.
- MCHANGANA, J. y FISS, J. (2019). Germany's Online Crackdowns Inspire the World's Dictators. *Foreign Policy*, 6 de noviembre de 2019. Recuperado de <https://foreignpolicy.com/2019/11/06/germany-online-crackdowns-inspired-the-worlds-dictators-russia-venezuela-india/>
- MCPHERSON, M., SMITH-LOVIN, L. y COOK, J. M. (2001). Birds of a feather: Homophily in social networks. *Annual review of sociology*, 27 (1), pp. 415-444.
- MELLON, J. y PROSSER, C. (2017). Twitter and Facebook are not representative of the general population: Political attitudes and demographics of British social media users. *Research & Politics*, 4 (3), 2053168017720008.
- MÖLLER, J., TRILLING, D., HELBERGER, N. y VAN ES, B. (2018). Do not blame it on the algorithm: an empirical assessment of multiple recommender systems and their impact on content diversity. *Information, Communication & Society*, 21 (7), pp. 959-977.
- MOROZOV, E. (2012). *The net delusion: The dark side of Internet freedom*. Nueva York: PublicAffairs.

- PAPACHARISSI, Z. (2002). The virtual sphere: The internet as a public sphere. *New media & society*, 4 (1), pp. 9-27.
- PARISER, E. (2011). *The filter bubble: What the Internet is hiding from you*. Westminster, Londres: Penguin UK.
- RAINIE, H. y WELLMAN, B. (2012). *Networked: The new social operating system* (Vol. 419). Cambridge, Massachusetts: MIT Press.
- ROBERTS, M. E. (2018). *Censored: distraction and diversion inside China's Great Firewall*. Princeton: Princeton University Press.
- SINCLAIR, B. (2012). *The social citizen: Peer networks and political behavior*. Chicago: University of Chicago Press.
- STEINERT-THRELKELD, Z. C. (2017). Spontaneous collective action: Peripheral mobilization during the Arab Spring. *American Political Science Review*, 111 (2), pp. 379-403.
- STELLA, M., FERRARA, E. y DE DOMENICO, M. (2018). Bots increase exposure to negative and inflammatory content in online social systems. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 115 (49), pp. 12435-12440.
- SUNSTEIN, C. R. (2018). *#Republic: Divided democracy in the age of social media*. Princeton: Princeton University Press.
- TUCKER, J. A., THEOCHARIS, Y., ROBERTS, M. E. y BARBERÁ, P. (2017). From liberation to turmoil: Social media and democracy. *Journal of democracy*, 28 (4), pp. 46-59.
- TUFEKCI, Z. y WILSON, C. (2012). Social media and the decision to participate in political protest: Observations from Tahrir Square. *Journal of communication*, 62 (2), pp. 363-379.
- WOOLLEY, S. y HOWARD, P. (2017). Computational Propaganda Worldwide: Executive Summary. *Oxford Internet Institute Working Paper 2017.11*. Oxford, UK.